

que no debe ser menos una ley para sus directores que para ellos y al cual les expone á faltar con frecuencia una vanidad indiscreta. Falta es esta de la mayor consecuencia, de cualquier parte que procediere. Cuando Dios ha tomado un alma por su cuenta, á él solo toca publicar por su propia gloria lo que él quiere que sea público, cuándo y á quienes juzgue á propósito. Observad bien la conducta de Jesucristo, y vereis con admiracion que nada dijo y obró nunca por sí mismo con el fin de manifestarse al mundo, esperando únicamente los momentos designados por su Padre; que nadie estaba noticioso de lo que él era, sino las personas que debian estarlo, y esto aún por medios sobrenaturales, precisamente hasta el punto en que convenia lo estuviesen para la ejecucion de los designios de Dios: de manera que muchas cosas, aún las principales, como el cumplimiento de las profecías, de que él era el objeto, no fueron bien conocidas sino despues de su muerte. Y esto ¿por qué? Porque si todo se hubiese descubierto y manifestado durante su vida, los consejos de Dios hubieran sido estorbados, y la obra de la redencion del linaje humano no se hubiera cumplido del modo que debía cumplirse. Pues nunca los judíos, dice san Pablo, hubieran crucificado al Señor de la gloria, si lo hubiesen conocido por lo que era; ni nunca los demonios les hubieran impelido á dar la muerte á aquel que muriendo debía destruir su imperio.

Aunque los designios de Dios sobre ciertas almas escogidas disten infinitamente de poder compararse con el de la encarnacion, son sin embargo grandes en sí mismos é infinitamente respetables, pues son el resultado y la aplicacion de aquellos. Es menester, pues, que la misma inteligencia suprema que los ha concebido y ordenado los conduzca, que todo la secunde, que nada la estorbe, que no halle obstáculo alguno de la parte de aquellos á quienes se digne elegir por cooperadores suyos. Menester es que las cosas se preparen, avancen y caminen á su fin, del modo que Dios ha ordenado, y que conserva siempre oculto hasta el desenlace del suceso; lo cual exige en lo interior una

dependencia entera de la gracia, y en lo exterior un silencio profundo para que nada se desordene en el encadenamiento de las causas y de los efectos.

No se entienda por esto que no convenga edificar al prójimo; pero esta edificacion no ha de depender de nuestro arbitrio: la gracia es la que ha de arreglar nuestras palabras y nuestras obras, segun nuestros progresos y segun sus miras; de manera que sin salir del orden regular, sin ninguna afectacion, sin ostentar regularidad alguna, se procure guardar una irrepreensible conducta, esparciendo donde quiera el buen olor de Jesucristo, sin descubrir la fuente de que emana. Es necesario que el ojo del prójimo, por atento y reflexivo que se fije sobre nosotros, quede edificado de nuestro exterior, sin que pueda penetrar en nuestras interiores disposiciones. ¡Cuánta reserva esto exige, qué muerte á sí mismo, cuánta fidelidad al espíritu de Dios!

---

## CAPITULO XV.

### JESUS EN EL TEMPLO ENTRE LOS DOCTORES.

**A** la edad de doce años, habiendo Jesus ido á Jerusalem con sus padres para celebrar allí la fiesta de la Pascua, al estar estos de vuelta, y sin que lo advirtiesen, se quedó aquel en la ciudad y despues de haberlo buscado, le encontraron al cabo de tres dias en el templo, sentado entre los doctores, escuchándolos y haciéndoles varias preguntas. Cuantos le escuchaban quedaban asombrados de su prudencia y de sus respuestas. Y habiéndole María hecho presente la inquietud que á su padre José y á ella les habia causado, contestóles; ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en todos los negocios que respetan á mi Padre? Y ellos comprendieron el sentido de aquella palabra que acababa de decirles. (Lúc., II, 42, 50.)

Este rasgo de la vida de Jesucristo ofrece muchas reflexiones que pueden aplicarse á la vida interior. Parece ante todo que él se separa de la obediencia que tenia siempre á sus padres, disponiendo de sí mismo y dejándolos por algun tiempo sin haberles participado su intento. A obrar de este modo le condujo el espíritu de Dios, que le guiaba en todo. Sometido á María y José en todo lo demas, estaba dispensado de consultarles y de seguir su voluntad en ciertos encuentros extraordinarios, en los que obraba más bien como Dios que como hombre. Hay circunstancias en la vida espiritual en que un alma, de otra parte obediente, con toda perfeccion, se ve impelida por la gracia á ciertos actos sin anuencia de su director, el cual consultado, no los permitiera. Estos casos son raros y nunca deben presumirse á menos de la mas marcada inspiracion. En tales ocasiones el director no debe ser fácil en condenar una conducta semejante cuando se le da cuenta de ella; sino que debe examinar maduramente el negocio antes de fallar si es dimanado de Dios ó del propio espíritu. Porque Dios, que es superior á las leyes de la direccion, y quiere á veces obrar inmediatamente y por sí mismo en el alma que posee, da á conocer siempre por medio de alguna señal indudable que de él viene lo que parece irregular; y de este modo manifiesta que no quiere en las almas tan estrecho é indiscluble lazo de la obediencia, que impida en ellas las operaciones de su gracia. Este principio es una verdad; pero es sumamente delicada su aplicacion y se debe proceder con el mayor cuidado para no abusar de él.

En segundo lugar, Jesucristo pone á sus padres, y en especial á su Madre, en el mas duro conflicto. Imposible es imaginarse la inquietud en que María se vió sumergida por esta especie de huida: menester fuera para esto conocer todo el exceso de su ternura para con su Hijo. Pero su amor, por perfecto que fuese, necesitaba ser ejercitado para mas acrisolarse, y por decirlo así, divinizarse. Era necesario que por grados se acostumbrase á amarle, menos como á su hijo que como á Dios. La carne era

el lazo, bien que sobrenatural, con el que estaba unida con Jesucristo, y era preciso que se habituase á elevarse cada vez mas sobre la carne, para no estar unida con él sino con el espíritu. Hay una distancia inmensa en cuanto á la perfeccion entre las disposiciones de María para con Jesus infante y sus disposiciones para con Jesus espirante á sus ojos sobre la cruz. La acostumbró ya muy de antemano á perderle un dia y la preparó de lejos á este heróico sacrificio. Del mismo modo Dios no forma una union espiritual entre dos almas, sino para ejercitarlas y purificarlas, la una por medio de la otra. El las prepara, él las acerca entre sí, él permite que sientan repugnancias, disgustos, un alejamiento recíproco, á fin de desasirlas de la parte sensible y espiritualizar mas y mas sus afecciones. Por de pronto no se descubre el designio de Dios, y hay una propension en atribuir tales sentimientos á cualquiera otra causa. Así es como José y María nada comprendieron entonces de la conducta que con ellos guardó Jesus. Mas llegó el momento en que todo se hizo patente, y vióse no tener Dios otro designio que perfeccionar una union que era obra suya. En tal estado, pues, no deben las almas desalentarse por las pruebas en que se han puesto recíprocamente sin saberlo; dejen antes bien á Dios el cuidado de purificar los sentimientos que ha infundido en sus corazones.

En tercer lugar, Jesus no se deja ver en el templo en medio de los doctores sino para empezar á manifestarse: les escucha, les hace varias preguntas, contesta á ellas á su turno con una sabiduría que les llenaba de admiracion. Parece que no hay duda en que el asunto principal de esta conversacion fué el Mesías y las profecias tocante á él.

Natural era que los doctores se informasen de quién era aquel niño que mostraba una capacidad y una prudencia tan superiores á su edad. Siguiendo el hilo de esta informacion, hubieran llegado á saber todo lo sucedido en su nacimiento y que él era el Mesías en persona. Mas descuidaron el satisfacer tan laudable curiosidad y no supieron aprovecharse de la luz que se les

habia presentado. Si en el trato que tenemos alguna vez con personas interiores, en las conversaciones que les oimos y que nos conmueven, tuviésemos cuidado de remontarnos hasta el origen, y de informarnos quiénes son estas personas, cuál es su tenor de vida, de qué modo adquirieron aquellos conceptos sublimes que hemos admirado en ellos, acabariamos por reconocer en las mismas el don de Dios, por abrirlas nuestro corazon, y tomar su consejo sobre los negocios de nuestra propia conciencia; y tal vez nosotros mismos nos volviéramos interiores. La mayor parte de los que lo son deben su felicidad á encuentros semejantes que Dios les ha proporcionado. Mas otros muchos hay que han recibido la misma gracia, y no han sacado de ella el menor provecho.

En cuarto y último lugar, Jesus por su respuesta á María y á José enseña á todos los cristianos que su gran negocio es lo que interesa á la gloria de su Padre celestial; que para procurarla deben renunciar á la carne y á la sangre, y sacrificar, si es necesario, las mas tiernas y las mas legítimas afecciones de la naturaleza. En estos casos es preciso sustraerse hasta á los propios padres, escapar á sus investigaciones y á sus pesquisas, haciéndose superior á las reprensiones que pudiera hacernos su paternal ternura. Mas para esto se requiere, repetimos, la mayor prudencia, la mayor discrecion imaginable, porque los padres nos representan á Dios y de él recibieron su autoridad. Para que llegue el caso en que estemos autorizados á salir de los límites de la estricta obediencia que les debemos, es preciso que estemos moralmente ciertos de que Dios lo quiere así, y que le disgustaremos siguiendo las reglas ordinarias. Y aún entonces el respeto y la piedad filial nos hacen un deber de usar de todas las consideraciones que estén á nuestro alcance. Ciertos hijos atraídos por su inclinacion á la vida interior, se ven á veces molestados por sus padres en sus ejercicios espirituales. Los padres deben acceder á la voluntad de los hijos en todo lo que no ofende á Dios, bien persuadidos de que esto no dañará á sus

progresos. La misma conducta se ha de observar en las comunidades con respecto á sus superiores. En una palabra, ni los padres ni los superiores pueden cosa alguna sobre lo interior; no deben detener ni retardar la operacion de la gracia; y si algo se pierde por un lado, Dios sabe resarcirlo por otro abundantemente. El punto en que se puede y se debe mostrar firmeza contra los padres, es el de la vocacion. Cuando estos tienen suficientes pruebas de que viene de Dios, cometen una sinrazon, una injusticia en oponerse; sus derechos no llegan á tanto: todo lo que pueden hacer es probar la vocacion por todos los medios legítimos. Sin faltarle al respeto, se les puede entonces decir como los apóstoles: Es mi deber el obedecer primero á Dios que á los hombres; y como Jesucristo: ¿Ignorais acaso que debo consagrarme á todo cuanto interesa á Dios mi Padre? Nada mas falta ya despues de esto sino poner en él su confianza; y si no queremos disponer de nosotros mismos, esperar que se doble ó que cambie la voluntad de aquellos de quienes dependemos. Con la paciencia y una grande fidelidad á la gracia, todo, tarde ó temprano se acomoda á nuestros deseos.

---

## CAPITULO XVI.

JESUS GUARDA OBEDIENCIA Á SUS PADRES.

**H**ABIENDO regresado Jesus de Jerusalem á Nazaret con María y con José, pasó en este pueblo en el trabajo y la oscuridad casi toda su vida. Nada nos dice el Evangelio de él durante todo este tiempo de cerca de treinta años, sino que *estuvo sometido á sus padres*. Muy importante en sí misma debia juzgar él esta leccion, y muy necesaria para nosotros, cuando la practicó por tantos años, y cuando es el único carácter de su vida privada de que quiso dejarnos instruidos. Ella es digna, pues, de todas nuestras reflexiones.

Que Jesus, en cuanto hombre, haya estado sumiso á su Padre, á quien era igual como Dios, aunque esto fuese un inconcebible abatimiento para su persona divina, era con todo un deber de que no podia dispensarse, como precisa consecuencia de la encarnacion; pues se habia hecho hombre para que un Dios pudiese obedecer á un Dios. De este modo nos daba á entender cuánta obediencia debemos á Dios nosotros, puras criaturas suyas, cuando el mismo Verbo, por quien todo se hizo, no pudo eximirse de estarle sometido, desde el momento en que consintió unirse á una criatura.

Habiéndose sujetado á todas las flaquezas de la infancia, era de consiguiente una necesidad que en esta edad tierna dependiese en un todo de sus padres; tomada por él la resolucion de no hacer uso alguno de su divino poder para manifestar que si hubiese querido, se hubiera hecho superior á esta dependencia. Esta resolucion, admirable por ser voluntaria, es muy instructiva para nosotros. Este estado á que se redujo es ciertamente un ejemplo poderoso y muy capaz para confundir nuestro orgullo. ¿Quién es el que amando á Jesucristo y proponiéndose imitarle, rehusará despues de esto doblegarse bajo el yugo de la obediencia?

Pero mucho mas admirable se presenta todavía que perseverase en esta obediencia hasta la edad de treinta años, áun cuando, segun las leyes ordinarias de la naturaleza, todo hombre se halla en estado de gobernarse por sí mismo y goza del derecho de hacerlo. Nada impedia entonces á Jesus derramar donde quiera los tesoros de la sabiduría, de que estaba lleno; y dar á conocer á lo menos á sus padres, por la infinita ventaja que sobre ellos tenia en luces, en gracias y en santidad, que á él tocaba mandar y á ellos obedecer. Contentóse con inspirarles secretamente como Dios lo que debia mandarles, y como hombre no creyó deberse reservar otra cosa que ejecutar puntualmente su voluntad.

Ahora, pues, que conocemos el precio de la obediencia, ¿no as-

piraremos á hacer de ella nuestra virtud favorita? El ejercicio de esta virtud fué todo el empleo de un Dios sobre la tierra; y todas las circunstancias de la vida de Jesus se hallan compendias en esta sola palabra: *Obedeció*. Obedeció á Dios su padre; obedeció á María y á José; obedeció á todos cuantos, segun el órden de las cosas humanas, estaban revestidos de alguna autoridad; obedeció á sus enemigos y á sus verdugos, llegado el momento en que debia ponerse en sus manos. Y nosotros en toda edad, y áun al salir apenas de la infancia, nada nos cuesta tanto como la obediencia. Apenas somos capaces de reflexion y sentimos nuestra voluntad, nuestro mayor deseo es el seguirla, y sujetar á ella los demas. El defecto de obediencia, sea á Dios, sea á los hombres que ocupan para nosotros el lugar de Dios, es el principal origen de nuestras faltas. Todo lo que contraría, todo lo que mortifica ó cautiva nuestra voluntad, aunque sea en bagatelas, nos irrita, nos impacienta, nos rebela; y áun cuando obedecemos, es con repugnancia y murmurando, á lo menos interiormente. Comparemos aquí nuestros sentimientos y nuestra conducta con los sentimientos y la conducta de Jesucristo. El tenia derecho, áun como hombre, de mandar á los demas hombres y se despojó de este derecho y vino, como decia él mismo, *no para ser servido, sino para servir*. Nosotros al contrario, aunque los demas tengan el derecho de mandarnos, no cejamos hasta sustraernos de su dominio y nos hacemos independientes. Si tenemos este derecho sobre los demas, lo ejercemos con todo rigor; y nada nos engrie tanto como vernos temidos, respetados, obedecidos: ¡tan distantes estamos de renunciar á este dominio y estimar mas recibir órdenes que darlas! Si conservamos el imperio sobre nosotros mismos, el mas penoso de todos los sacrificios es el someternos á otro; y hasta la muerte ningun sacrificio nos es en la práctica tan pesado.

Y ¿qué razon podemos alegar para dispensarnos de la obediencia? ¿Será porque somos mas ilustrados que aquellos que nos mandan? Aun cuando así fuese, ¿qué responderiamos al

ejemplo de Jesucristo? En él residía la plenitud de la sabiduría eterna; y por esto ¿obedeció menos á José y á María? ¿Será que nosotros háyamos recibido mas gracias y favores del cielo? Las gracias nos conducen á la sumision y á la humildad; y seria hacer de ellas un extraño abuso el que nos diesen autoridad para no obedecer. La gracia inefable de la union personal con la divinidad hizo á Jesucristo mas obediente. ¿Será que nos hallamos mas adelantados en santidad? ¿Qué santo se valió jamas de una razon semejante? ¿Puede esta idea venir al pensamiento de otros que de almas hipócritas ó cegadas por el orgullo? ¿Y qué es nuestra santidad comparada con la del Santo de los santos? En cualquier estado en que nos halleemos, amemos la obediencia, busquemos el depender de otros: este es el camino mas seguro para llegar á la perfeccion. La obediencia supone casi todas las demas virtudes; ella nos alcanza las que nos faltan, y es su guarda mas segura. El hombre que obedece no tiene que dar cuenta alguna á Dios de sus acciones; y será justificado, aplaudido, recompensado, menos por lo que habrá hecho que por haber obedecido.

Mas para que la obediencia sea una virtud á los ojos de Dios, no basta practicar la accion exterior que se nos manda; preciso es que la voluntad reciba el precepto con agrado, sin permitirse la menor murmuracion ni queja. Aun mas; hemos de someter nuestro propio juicio y no razonar sobre lo que se nos manda. Jamas hareis de buena gana lo que condenais en vuestro corazon; y aun cuando lo aprobárais, si obráreis por este solo motivo, no seguirá ya el juicio de vuestro superior sino el vuestro propio. Jesucristo, aunque infalible é impecable, jamas opuso ni su propio pensamiento ni su propia voluntad á lo que José y María le mandaban; obedeció ciegamente y con una sumision entera; y por esto confundió y aniquiló todos nuestros vanos pretextos.

Dos objetos principales tiene la obediencia; ó la direccion espiritual, ó las acciones exteriores. En cuanto á estas, á menos

que no veamos un pecado manifesto en lo que se nos manda, es siempre mas perfecto el obedecer; y es una obligacion si á ello estamos ligados por voto. En cuanto á la direccion de la conciencia, está claro que no pudiendo juzgarnos, ni por consiguiente dirigirnos por nosotros mismos es menester que sobre nuestro estado interior nos valgamos de aquella persona que Dios nos ha dado por director. Nada, pues, le ocultemos, todo se lo descubramos con fidelidad. Despues de lo cual, creamos su decision sin vacilar un momento, y practiquemos confiados lo que nos prescriba. Así nos preservaremos de toda ilusion que sin esto es inevitable. La obediencia nos hará caminar con seguridad sin desviarnos por niágun lado: jamas permitirá Dios que nos descarrie; y él por sí mismo suplirá todo lo que pudiera faltar por parte de su ministro. Siempre hallaremos nuestra fuerza, nuestro sosten, nuestro consuelo en la obediencia: todas las gracias que nos tiene Dios destinadas están unidas á esta virtud. Armémonos de valor para vencer nuestras repugnancias, para imponer silencio á nuestro juicio; y estemos prevenidos contra los lazos del tentador, que todo nos lo hubiera ganado si llegase á conseguir el derribar nuestra obediencia.

---

## CAPITULO XVII.

JESUS GANA SU VIDA CON EL TRABAJO DE SUS MANOS.

**D**ESDE que Jesus hubo llegado á la edad de trabajar se ejercitó en el oficio de José, que segun la comun tradicion era carpintero. Un Hombre Dios se somete á la ley impuesta á Adan pecador, de comer el pan con el sudor de su rostro. No se desdenna de aplicarse á un ejercicio bajo y despreciable, segun las ideas humanas y á él consagra la mayor parte de su vida. Aquel que tan fácilmente podia librar á José de la necesidad de vivir

tambien de su trabajo, no tuvo por conveniente eximirse él mismo de trabajar. Así estaba decretado en el consejo del Eterno, al que se sometió con gozo, cumpliendo lo que un profeta habia dicho de él: *Pobre y en los trabajos pasé mi juventud.* (Psalm. 87.)

Todos, pues, se dedicaban al trabajo en la santa familia de Nazaret. María cuidaba de los quehaceres domésticos; José subsistia de su oficio y hacia subsistir á Jesus y á María. Jesus, ya adolescente, ayudaba á su padre, es decir, al que pasaba por tal; y despues cayó sobre él el principal trabajo. ¡Qué espectáculo! cuán asombroso motivo de contemplacion! En él se fijaban absortos sin duda los celestes espíritus. Si nosotros no lo meditamos con asombro, es porque no tenemos fe y porque vemos las cosas de otra manera que Dios. Este trabajo era asiduo, diario, continuo: no era un trabajo de gusto y de capricho, sino de necesidad; trabajo penoso, oscuro, humillante, obligatorio que casi no les dejaba sino el tiempo preciso para reparar sus fuerzas por medio de un alimento frugal y por un corto sueño. En una palabra, su condicion era la de los mas pobres artesanos.

Este trabajo ¿les impedia la oracion? No sin duda. En él guardaban silencio; pero el espíritu y el corazon quedaban siempre unidos á Dios. El alma tenia su ejercicio así como el cuerpo, y lejos de perjudicarse recíprocamente, el uno de los dos ejercicios favorecia al otro. Blasfemia seria el decir que el alma de Jesus hubiese podido separarse un solo instante de la presencia de Dios, ni tampoco puede pensarse de María ni de José.

¿Qué deben inferir de todo esto los que se proponen imitar á Jesus? Primeramente, que el trabajo les es indispensable en cualquiera condicion que el cielo les haya hecho nacer. Si no á todos lo prescribe la necesidad de vivir, á ello les obliga la necesidad de un orden superior, la de llevar el castigo al que fuimos todos condenados en la persona de nuestro primer padre; la de obedecer á una ley de Dios que no permite excepcion alguna; la de asemejarse á Jesucristo, si queremos ser del número de los

predestinados. Notad de paso, que el Salvador escogió para sí el género de trabajo mas propio para confundir nuestra pereza y nuestro orgullo.

En segundo lugar, que no hay ocupacion por humilde que sea segun nuestras preocupaciones, de la que deba avergonzarse un cristiano, con tal que sea honesta; que antes al contrario, tiene un motivo de alegrarse si su estado le acerca mas á Jesucristo; pero que para tener mas perfecta semejanza con él, es necesario aceptar por amor el trabajo á que nuestra condicion ó profesion nos sujeta.

En tercer lugar, que un trabajo de pura eleccion y absolutamente libre, que se toma y se deja cuando se quiere; que un trabajo cuyo único objeto es entretenernos y pasar el tiempo; que un trabajo cuyo único objeto sea adquirir riquezas, honores ó reputacion, ó satisfacer una vana curiosidad, no está en el orden de la Providencia, ni es digno de un cristiano, ni merece el cielo. Si cada uno se examinase á sí mismo en este punto, segun los principios de la religion, ¿cuánto tendríamos que reprocharnos?

En cuarto lugar, por fin, que para santificar el trabajo no basta que sea honesto en sí mismo, conforme á las miras de Dios, y que se tenga en él una intencion pura; sino que deba ademas ir acompañado del espíritu de oracion, pues de otro modo disipa y deja seco y vacío el corazon. No quiero decir que se haya de meditar siempre que se trabaje, esto es casi siempre imposible; ni que se hayan de pronunciar oraciones vocales, lo cual, á mas de ser fatigoso solo seria la mayor parte del tiempo un movimiento maquinal de los labios. Lo que quiero decir es: que conviene estar unido con Dios, como Jesucristo, por una cierta atencion del espíritu y un cierto afecto de corazon, que no es otra cosa sino la oracion habitual. Solo el amor puede enseñarnos el hacer este especie de oracion trabajando, y á no interrumpirla nunca, por mas que el deber aplique á otra cosa nuestra atencion. El amor de Dios, cuando se ha apoderado de

un corazón, no puede estar sin ejercicio; ninguna ocupacion exterior suspende su actividad, antes bien contribuye á mantenerla. El medio mas seguro de conservar el espíritu de oracion es procurar que el trabajo venga despues de la súplica, y la súplica despues del trabajo. No se puede estar siempre contemplando: fatigase el espíritu, el cuerpo agota sus fuerzas y degeneraria en ociosidad. Preciso es entremezclar el ruego y la accion; y la vida interior no se sostuviera por largo tiempo, si no fuese alternando con alguna exterior ocupacion.

Acúsase á las personas dedicadas á la vida espiritual de poco amor al trabajo. Esta acusacion no es del todo infundada con respecto á aquellas almas devotas que se agobian con prácticas exteriores de piedad, ó que se abandonan tan indiscretamente á las buenas obras, que se resienten de ello sus negocios domésticos; y aún mas con respecto á ciertos caracteres muelles é indolentes, que sumidos en la holganza del reposo, no dejan trabajar mas que su imaginacion, dejándose abrumar de vanos fantasmas, á los cuales toman por verdadera oracion. Mas es una injusticia el hacer semejante inculpacion á las almas que tratan en realidad de dejarse conducir en todo por la gracia. No negaré que en los principios en que tan dulce se encuentra la oracion, vienen tentaciones de descuidar el trabajo para abandonarse á ella y que alguna vez se cae en esta tentacion. Mas como esto es una pura ilusion del amor propio, no tarda Dios en reprenderla y en corregirla.

No temo, pues, asegurar firmemente, que toda alma sólidamente interior ama el trabajo, que se hace de él un deber, que aprovecha todos los momentos y que evita con sumo cuidado toda especie de holganza y de inutilidad. En las tentaciones, en las pruebas, no pudiera sostenerse sin el trabajo: es necesario en cuanto pueda que salga de sí misma por medio de la accion, y que se distraiga asi de lo que en su interior pasa. Cuando mas sufre, si sus sufrimientos corporales no son excesivos no le privan de ocuparse de una manera proporcionada á sus fuer-

zas. En cuanto á los ratos en que disfruta ó se recrea, no son tan largos que no la dejen en todo el dia horas libres para trabajar, y no le absorban de tal modo que no le dejen expedita la aptitud para el trabajo. Toda alma interior tiene en su fondo actividad y viveza, y necesita siempre alguna ocupacion ya de espíritu ya de cuerpo, y si no las halla suficientes en los deberes de su estado, industria tiene para procurárselas. A esto le guia el espíritu de Dios y no le permite quedar un momento en inaccion, á la cual si se ve reducida por la necesidad de las circunstancias es para ella un verdadero tormento. ¡Qué hombres más interiores que san Agustin, san Bernardo, san Francisco de Sales! ¡y qué hombres mas laboriosos y mas ocupados! Pasma á la verdad que hayan podido escribir tanto, y sus escritos no son tal vez la parte mas numerosa de sus trabajos. Otro tanto pudiera decir de muchas mujeres, de una santa Catalina de Sena, de una santa Teresa y de muchas otras, cuya vida, aunque toda de oracion, fué extremadamente llena de diferentes géneros de obras buenas.

---

## CAPITULO XVIII.

### BAUTISMO DE JESUCRISTO.

**J**ESUCRISTO, despues de haber guardado una vida oculta por espacio de treinta años, empieza á manifestarse exteriormente, y á darse á conocer por un acto de la mas profunda humildad. Juan, su precursor, habia salido apenas del desierto para prepararle sus caminos. Este precursor anunciaba á los judíos que el reino de los cielos estaba cercano, que era necesario hacer penitencia; y les disponia por un bautismo de agua, purificacion meramente exterior, á ser bautizados en el Espíritu Santo y en el fuego por aquel que debia venir despues de él, y que era antes